

Señor Don Juan Egaña: Lima, 20 de julio de 1830

Señor, mi amigo muy apreciable:

Usted que conoce mi sinceridad no tendrá dificultad en creermelo al asegurarle que desde mi partida de Chile hasta el presente no he recibido carta alguna que me haya permitido más placer y satisfacción que la de usted, de primero de junio último, que fue entregada por el General Miller, con los dos ejemplares de "El Chileno" y que agradezco de sobremanera: el uno será el ornamento de mi casa, porque siendo memoria de usted interesa demasiado al gusto mío y al de mi familia; y el otro pienso sirva de obsequio a un amigo mío que sabrá darle su verdadero valor.

No será necesario decir a usted que he leído los dos tomos con el más vehemente interés, porque ellos han traído a mi memoria y de un modo demasiado poderoso, escenas y acontecimientos que el mayor estoico no podrá reflexionar sin ser profundamente afectado.

Yo he sido acusado de temerario por haberme arrojado a atacar con de 700 bayonetas a más de tres tantos este número en los altos de Chacabuco, pero los que hacen esta acusación son incapaces de juzgar mis motivos y sentimientos en aquella ocasión. Ellos ignoraban el juramento que hice durante las treinta y seis horas de Combate de Rancagua; ellos no sabían los clamores y ruegos que diariamente ofrecía a los cielos desde aquel día aciago, hasta el doce de febrero de 1817; y ellos no eran sensibles de los abrasadores sentimientos en que me consumía al oír los innumerables actos de injusticia y de crueldades perpetrados por mis oponentes, contra mis más caros amigos y los más queridos de mi patria.

Si mis acusadores hubiesen conocido estas cosas y experimentado sus tormentos, entonces y no de otro modo habrían comprendido mis sentimientos al ponerme a la cabeza de mi brava infantería y usando de las voces de los días del Roble y de Rancagua, exclamé: Soldados "Vivid con honor o morir con gloria. El valiente sigue a mi marcha, columna a la carga". Entonces, y no de otro modo, podrían mis acusadores entender la causa de porque 700 infantes sostenidos por 300 caballos, vencieron, destuyeron y aprisionaron triple su número en menos de una hora.

Entonces y no de otro modo, podrían ellos conocer mis sentimientos sin obsevar al feroz talavera rendir sus armas y al sanguinario San Bruno entregarme personalmente su espada. Y finalmente entonces y no de otro modo, podrían haber comprendido la razón porque volví a exclamar en aquel instante: "Ahora aunque venga la muerte me encontrará contento y feliz porque he vivido lo necesario para ver cumplido el grande objeto de todos mis votos y deseos. Ya vuelvo a tener una patria, dejando vengados sus agravios".

No puedo concluir mejor esta carta si no es con las mismas palabras de usted: "Mi experiencia y desengaños solo la han encontrado en sujetar esta razón a los cuidados de la Providencia. En desconfiar de sí mismo y consolarnos con la presencia de un Dios testigo, juez y remunerador de nuestros más íntimos pensamientos y sensaciones".

Con los mejores deseos, por la felicidad y prosperidad de usted y de toda su respetable familia, se ofrece a su disposición el que se honra en decirse de usted amigo verdadero y obediente servidor que besa sus manos.

Bernardo O'Higgins.